

VI

MEDIO DÍA

El agua está cual nunca de linda y de coqueta;
no hay rayo que no juegue, no hay ola que no salte;
de lejos, tiene rubios perfiles su silueta,
y azul es en la playa, con limpidez de esmalte.

Vestida está de fiesta; no hay joya que le falte;
las barcas, a su paso, le dejan una inquieta
cinta de plata virgen, para que así resalte
la luz en el radioso brocado de violeta.

Cerca, en el promontorio, de musgos y basaltos,
un gran plumón de nubes se tiende y busca asilo:
al fondo, van las cumbres, en los celajes altos,

rompiendo el horizonte con su cortante filo,
y en el confín, que esplende, se funden los cobaltos
del cielo y las montañas, en un zafir tranquilo.

VII

EL BAÑO DEL CENTAURO

Chasquea el agua y salta el cristal hecho astillas,
y él se hunde; y sólo flotan, del potro encabritado
la escultural cabeza de crines amarillas
y el torso del jinete, moreno y musculado.

Remuévense las ondas mordiendo las orillas,
con estremecimiento convulso y agitado,
y el animal y el hombre comienzan un airado
combate, en actitudes heroicas y sencillas.

Una risueña ninfa de carne roja y dura,
cabello lacio y rostro primitivo, se baña;
las aguas como un cingulo, le ciñen la cintura;

y ella ve sin pudores... y le palpita el seno
con el afán de darse, voluptuosa y huraña,
a las rudas caricias del Centauro moreno.

VIII

EL BUEY

Uncido a la carreta, va el buey grave y austero;
y su ojo reproduce no el campo verde, como
lo vió Carducci, sino la inmensidad de plomo
del lago que finge una gran lámina de acero.

La arena de la playa le sirve de sendero,
y el sol, que está en lo alto del infinito domo,
unta sus resplandores en el sedező lomo
y clava su aureola sobre el testuz severo.

El animal camina con majestad estoica,
y ante la fuerza plástica de su figura heroica,
despiértase un recuerdo clásicamente ambiguo;

que, a las evocaciones, es el buey melancólico,
en la hoja de *papyrus* exámetro bucólico,
y en el frontón del templo bajorelieve antiguo.

IX

SEGUNDO INTERMEDIO ROMÁNTICO

A una onda.

Arrulla con tus líricas canciones,
onda terca que vienes de tan lejos
enjoyada de luces y reflejos,
arrulla mis postreras ilusiones.

La Juventud se va; se van sus dones;
del placer quedan los amargos dejos,
de la pasión los desencantos viejos,
y del dolor las tristes emociones.

Queda la vida, que el instinto afianza,
queda el recuerdo del amor perdido,
y queda el ideal que no se alcanza.

Tú, que cantando sueños has venido,
onda lírica, dame la Esperanza,
y si no puede ser... dame el Olvido.

X

PAISAJE SIN FIGURAS

El sauz es audaz; dejó la orilla
y avanzó en la corriente que chispea
y en derredor del tronco cabrilla
bajo la luz del sol que tiembla y brilla.

Ligeramente impura y amarilla,
en el borde arenoso el agua ondea,
y en la remota extremidad clarea
con blancura de nieve sin mancilla.

El árbol, que se empapa en luces blondas,
deja caer, sensual y perezoso,
la móvil cabellera de sus frondas;

y en el agosto y plácido reposo,
sobre el trémulo raso de las ondas
vuelca su verde limpio y luminoso.

XI

LA HORA MÍSTICA

Se enciende el oleaje, como á la luz se enciende
la leche de los ópalos, en fuegos repentinos;
y la onda turbia lumbres metálicas desprende
si en su volar la rozan los pájaros marinos.

El sol, en desmayadas claridades descende,
y empapa el horizonte de tonos ambarinos,
rompe con lanzas de oro los *cúmulos*, y prende
rubies, de las velas en los flotantes liños.

Es la hora letárgica de la melancolía;
todo está mudo y triste. Ya va a apagarse el día;
dilúyese en la sombra cuanto en la tierra alumbra.

Sólo en la humilde iglesia, refugio de oraciones,
lucen, como dos puntos rojizos y temblones,
las llamas de dos cirios que pican la penumbra.

XII

NOCHE CLARA

Blanco de ensueño; blanco de los polares días;
blanco que fosforece, que las linfas estaña;
blanco en que se deshace la sombra en una extraña
niebla azul y profunda que borra lejanías.

La ondulación es lenta, rayada con estrías
de luz—maravillosa e inmensa telaraña,
cuyo tejido frágil se rompe cuando baña
al remo, la corriente de mudas ondas frías.—

Entonces,—¡qué prodigio!—ya el remo que se mueve
sobre el lago salpica gotas de plata y nieve,
que marcan de los botes los caprichosos giros,

hasta que al fin se pierden con su movible estela,
en la remota bruma,—la azul y blanca tela
que es polvo de diamantes en humo de zafros.—

XIII

PUESTA DE SOL

Y fueron de la tarde las claras agonías:
el sol, un gran escudo de bronce repujado,
hundiéndose en los frisos del colosal nublado,
dió formas y relieves a raras fantasías.

Mas de improviso, el orto lanzó de sus umbrías
fuertes y cenicientas masas, un haz dorado;
y el cielo, en un instante vivo y diafanizado,
se abrió en un prodigioso florón de pedrerías.

Las lilas del Ocaso se tornan oro mate;
pero aún conserva el agua su policroma veste:
—sutiles gasas cremas en brocatel granate.—

Hay una gran ternura recóndita y agreste;
y el lago, estremecido como una entraña, late
bajo la azul caricia del esplendor celeste.

XIV

TERCER INTERMEDIO ROMÁNTICO

Vidas inútiles

Salpicadas de aljófares las sensuales corolas,
se abren, urnas de seda, bajo el claror del día;
son lirios y menúfares, son lotos y amapolas,
que a flor de agua, en la margen, van sobre la onda fría.

Es un jardín flotante... ¡Ah! yo me inclinaría,
yo hundiera mis dos manos en las crujientes olas,
para cortar un cáliz... Pero es que vivo a solas,
no hay alma que me espere ni a quien le nombre mía.

Loto que yo arrancara, porque lleno de unciones,
durmiera entre las hojas de un libro de oraciones,
púdrete a flor de agua... ¡Que igual es nuestra suerte!

Yo floto en mi tristeza, que es honda y que no brilla,
en tanto que los vientos me arrancan de la orilla
con rumbo a las obscuras riberas de la muerte.

XV

LUCES Y CARNES

Rayos de sol en plenitud, esmaltan
el gris del lago, en claridades blondas,
y son insectos de cristal que saltan
sobre la turbia seda de las ondas.

En las vecinas márgenes exaltan
el verdor enfermizo de las frondas,
y de la sierra en el confín, cobaltan
las lejanías.

Junto a las redondas
redes, que están al sol, desnudos juegan
y á sus retozos cándidos se entregan,
dos niños en la arena de la orilla,

y la luz, de doradas palideces,
en aquellas obscuras desnudeces,
con maternales complacencias, brilla.

XVI

EL TRIUNFO DEL AZUL

El rosicler ardiente de la mañana pinta
el lago, de una pálida sangre de rosas. Quietas
están las aguas, donde como una frágil cinta
la luz ondula y abre sus caprichosas grietas

de plata. Y, a lo lejos, en carmesí se entinta,
el cielo en que las cumbres recortan sus siluetas;
las púrpuras se funden en vahos violetas,
y queda al fin del rojo, la claridad extinta.

Triunfa el azul en gloria; triunfa el azul tramado
de argentos y de oros, como imperial brocado;
es el azul profundo que baña de luz pura

el promontorio rígido y el lago que se enarca;
y sólo, en lo distante, la vela de una barca
pone su dulce nota de virginal blancura.

XVII

VOCES EN LA SOMBRA

En el silencio triste de la noche que empieza,
se oye una voz que viene de lejos, de una mancha
distinta en las penumbras solemnes, de una lancha
que sobre el horizonte su mástil endereza.

Bronca es la voz, de un timbre de salvaje fiereza;
mas al cruzar del lago por la sonora plancha,
yo no sé en qué misterios musicales, ensancha
la canción, su doliente y adorable tristeza.

Solloza humanos duelos la popular y ruda
canción, y los desgrana sobre la noche muda...
—son del dolor perenne, los viejos estribillos.—

Una alma primitiva cantando está un tormento;
y es una voz que lleva por acompañamiento
el diálogo estridente de los insomnes grillos.

XVIII

ENVÍO

A tí, viejo poeta, con quien crucé yo un día,
gozoso e impaciente, los lagos del Ensueño;
—tú eras robusto y grande, yo débil y pequeño,
mas tu barca de oro dió asilo a mi alegría.

Tu juventud ilusa fué hermana de la mía;
tu empeño, noble y alto, fué amigo de mi empeño;
hoy, que es fronda de Otoño nuestro brote abrioleño,
tu pena es camarada de mi melancolía.—

A tí va mi poema, vivido frente a frente
del agua y de los cielos, en una hora clemente
pasada en el regazo de la Naturaleza.

Va a despertar, si puede, dormidas añoranzas;
a reencender, si sabe, rescoldos de esperanzas,
y a divertir con sueños, tu plácida tristeza.

Dic. de 1906.

Madrigales

(1905)



METAMORFOSIS

Madrigal romántico

Era un cautivo beso enamorado
de una mano de nieve que tenía
la apariencia de un lirio desmayado
y el palpitar de un ave en agonía.
Y sucedió que un día,
aquella mano suave
de palidez de cirio,
de languidez de lirio,
de palpitar de ave,
se acercó tanto a prisión del beso,
que ya no pudo más el pobre preso
y se escapó; mas, con voluble giro,
huyó la mano hasta el confín lejano,
y el beso, que volaba tras la mano,
rompiendo el aire, se volvió suspiro.

1905





MADRIGAL EFUSIVO

Déjame amar tus claros ojos. Tienen
lejanías sin fin, de mar y cielo,
y sus fulgores apacibles vienen
hasta mi corazón como un consuelo.

Deja que con tus ojos, se iluminen
mis viejas sombras y se vuelvan flores;
deja que con tus ojos se fascinen,
como aves de leyenda, mis dolores.

Que vea en ellos astros errabundos,
que en ellos sueñe inexplorados mundos,
que en ellos bañe mi melancolía...
son tristes, luminosos y profundos,
como puestas de sol, amada mía...

1905



Sonetos de la tarde

(1907-1908)



ANTÍFONA

En mi angustia, callada y escondida,
sé tú como enfermera bondadosa,
cuya mano ideal viene y se posa,
llena de suave bálsamo, en la herida.

Ríe en mi tedio—sepulcral guarida—
como un rayo de sol en una fosa;
perfuma, como un pétalo de rosa,
el fango y la impureza de mi vida.

Del corazón en el silencio, canta;
entre las sombras de mi ser, fulgura;
mi conturbado espíritu levanta;

enciende la razón en mi locura.
Tengo hambre y sed de bien!... Dame una santa
limosna de piedad y de ternura...



DELIRIO VOLUPTUOSO

Una visión de amor pasa y enciende
mi espíritu. Estoy solo, en la penumbra
del triste cuarto que en silencio, alumbra
la luz crepuscular. El sol desciende.

Una débil fragancia se desprende
del sombrío rincón en que relumbra
—áureo cristal—el búcaro. Y se encumbra
mi alma, aliabierta, cual travieso duende.

Rompe el obscuro techo de la casa,
vuela a buscar mi juventud perdida
y en un deseo de placer se abrasa.

Surge ante mí tu desnudez vencida,
y una visión de amor se enciende y pasa
por la serena sombra de mi vida.



HECHICERÍA

No sentí cuando entraste: estaba obscuro,
en la penumbra de un ocaso lento,
el parque antiguo de mi pensamiento
que ciñe la tristeza, cual un muro.

Te ví llegar a mí como un conjuro,
como el prodigio de un encantamiento,
como la dulce aparición de un cuento:
blanca de nieve y blonda de oro puro.

Un hálito de abril sopló en mi Otoño;
en cada fronda reventó un retoño;
en cada viejo nido, hubo canciones;

y, entre las sombras del jardín—errantes
luciérnagas—brillaron, como antes
de mi postrer dolor, las ilusiones.



ESTE SONETO CELEBRA...

Es tu mirada misteriosa, una
gran promesa de amor; mi ser abarca
y me transporta a la ideal comarca
donde me está esperando la Fortuna.

Noche y mar son tus ojos; no la bruna
noche sin luz: la transparente y zarca
de oro y cristal, en la que va la barca
de alabastro radiante de la luna.

Ojos de noche y mar... ¿Llegará el día?...
Quién sabe! En la remota lejanía
hay una dulce claridad... Parece

que se abre tu alma al soplo del destino
como flor matinal, y en el divino
misterio de tus ojos, amanece,



LUCIÉRNAGA

... Y me abandonarás!—Acaso en breve
vas a decirme: adiós. Joven y bella,
después de haber oído mi querella
te irás a donde la ilusión te lleve.

Y quedará en mi vida un rastro leve,
como en la noche el brillo de una estrella,
como en la cima del volcán la huella
del paso del viajero por la nieve.

Y tejerá la soledad su nido
de silencio en mi alma. Y el olvido
cubrirá mi memoria con su velo.

Y tú estarás allí, como la reja
de una prisión, que entre las sombras, deja
ver un pedazo del azul del cielo.



ÚLTIMO SUEÑO

Reclinaría mi cabeza oscura
en tu seno piadoso, y sentirías
rodar por él mis lágrimas, las frías
lágrimas de mi vieja desventura.

Entonces, a un impulso de ternura,
tu mano en mis cabellos hundirías,
como en la niebla de los tristes días
se hunde la luz que viene de la altura.

Y nada más. Encuentro fortuito
de la estrella y la onda, en el arcano
de la noche colmada de infinito...

Así espero el instante soberano
en que baje hasta mí, como en un rito,
a bendecir mis lágrimas, tu mano.

1908

Nocturnos

(1907-1909)



NOCTURNO SENSUAL

Yo estaba entre tus brazos. Y repentinamente,
no sé como, en un ángulo de la alcoba sombría,
el aire se hizo cuerpo, tomó forma doliente,
y era como un callado fantasma que veía.

Veía, entre el desorden del lecho, la blancura
de tu busto marmóreo, descubierto a pedazos;
y tus ojos febriles, y tu fuerte y oscura
cabellera... Y veía que yo estaba en tus brazos.

En el fondo del muro la humeante bujía,
trazando los perfiles de una estampa dantesca,
nimbaba por instantes con su azul agonía
un viejo reloj, como una ancha faz grotesca.

Con un miedo de niño me incorporé. Ninguna
vez, sentí más silencio que en esa noche ingrata.
El balcón era un marco de reflejos de luna
que prendía en la sombra sus visiones de plata.

Temblé de ansia, de angustia, de sobrecogimiento;
y el pavor me hizo al punto comprender que salía

y se corporizaba mi propio pensamiento...
y era como un callado fantasma que veía.

Los ojos de mi alma se abrieron de repente
hacia el pasado, lleno de fútiles historias;
y entonces supe cómo tomó forma doliente
la más inmensamente triste de mis memorias.

—¿Qué tienes? me dijiste mirándome lasciva.
—¿Yo? Nada... Y nos besamos.

Y así, en la noche incierta,
lloré, sobre la carne caliente de la viva,
con la obsesión helada del cuerpo de la muerta.

Abril, 1905



ALTO INSOMNIO

En el silencio de mi alcoba suena
a compás el reloj, como un latido.
Sólo él y yo velamos. Se ha dormido
la noche.

En el balcón una serena
y tibia claridad de luna llena,
es tul de plata en el cristal prendido,
y de mi pecho en el oculto nido
canta tu amor, como una filomena.

Todo está en paz de Dios; del fondo incierto
brota una evocación. El libro abierto
bajo el fulgor de la bujía espera.

Yo pienso en tí; tu sombra me acompaña;
y me agita el espíritu una extraña
germinación de bosque en primavera.

1907



NOCTURNO FEBRIL

¿Qué pienso?... ¿Existo? No lo sé: me llaman
a una indecisa realidad, las voces
taciturnas y graves: a lo lejos
canta un viejo reloj la media noche.

Alzo los ojos del abstruso libro
y los clavo, inconscientes, en el ocre
resplandor de la opaca veladora:
¿de dónde acabo de caer; de dónde?

Qué cansado retorno, qué cansado!
Cómo me duele el golpe!

Me desperezo en la revuelta cama;
mato la luz... Y el pensamiento insomne,
sigue tejiendo absurdos en la sombra,
con hilos de esperanzas y dolores.

Siento que está mi corazón muy solo,
y necesito ir a buscarte... Entonces,
vuelo en el aire azul, asido a un débil
rayo de luna; cruzo el horizonte,
y arribo a ese país de la Quimera
que por audaz viajero me conoce.

Voy deprisa, buscando entre recuerdos,
entre delirios, entre sueños, sobre

las pálidas tristezas, que a mi paso,
cual hojarascas frágiles, se rompen,
y los vivos anhelos, que me siguen,
ágiles duendes, y me gritan: corre!

Allí estás!... Allí está la silenciosa
ciudad, la calle noble
que, leyendo un romance carolingio,
imaginé para nuestros amores.

Allí está tu balcón, el de tu casa.
(qué anacronismo delicioso!... ¿oyes?)
el que de tarde en tarde, rondo, cuando
me siento triste, enamorado y joven.

Allí estás esperándome: tan blanca!
tan rubia! Y de tus ojos, que son flores
de oro, sale un efluvio de ternura;
y unciosamente digo yo tu nombre,
vocativo de todas mis plegarias,
y tú, serena y dulce, me respondes...
¡Tardía primavera de mi espíritu!
¡Ensueño puro y retrasado! ¡Goce
infantil y sublime! ¡última huella
de mis desvanecidas ilusiones!

Venid a consolarme... Nada espero!
¡nada podrá ser ya! ¡Metamorfosis
divinas de mi pena, muchas gracias!

Como un cadáver soy que, por el toque
de una extraña virtud, vuelve a la vida,
y lo alumbran celestes resplandores,
y ve que, poco a poco se transforman
en aves, los gusanos que lo roen.

Otoñal poesía, muchas gracias!
¡Inmaculado idilio, sin un torpe
deseo de maldad; nube de rosa,
vapor de aguas impuras y salobres,
que reflejas el sol, vuélvete lluvia
de llanto!...

Y lloro. El pensamiento insomne
sigue tejiendo absurdos en la sombra,
con hilos de esperanzas y dolores.
¡Qué cansado retorno, qué cansado
del viaje azul a la Quimera! Entonces,
en la muda tiniebla de mi alcoba
vuelvo a la realidad. Oigo las voces,
de una vida fantástica, a lo lejos;
es el murmurio del vecino bosque,
el alerta de un gallo vigilante,
una felina serenata al borde
del tejado, la risa de una fuente
que es un fresco desgrane de rumores.
De cuando en cuando—prolongada nota,—
un can aúlla, con lamento de hombre,
y el viejo reloj canta una hora grave
en el claro silencio de la noche!...



Vespertinas

(1898-1913)